

Kristi Ann Hunter

*Cortejo
en
Mount Street*



Libros de
seda

*Para el Creador
y fuente de amor perfecto.*

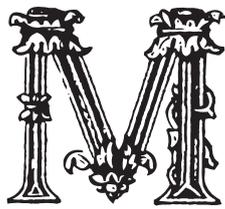
1 JUAN 4:16

*Y para Jacob,
que puede que no sea perfecto,
pero para mí sí lo es.*

Prólogo



Hertfordshire, Inglaterra, 1796



Muchos hombres tenían la suerte de contar con la influencia de un gran padre o un hermano admirable. Al joven lord Trent Hawthorne, de seis años de edad, le habían bendecido con ambos. De pie, junto a su padre, en la cima de una colina desde la que se podía ver una gran parte de su propiedad, no se molestó en preguntar por qué le habían llevado a él, un hijo menor de edad, a hablar de asuntos de la finca. Desde que tenía tres años su padre le había incluido en todas aquellas conversaciones diciendo: «La vida es impredecible y tienes que estar preparado. Espero que ambos viváis para ver a vuestros nietos, pero puede que algún día Dios decida que prefiere tenerte como duque».

Trent no entendía nada, pero le gustaba pasar rato con su padre y hermano, así que nunca se quejaba.

Al otro lado del enorme hombre que era su progenitor estaba su hermano mayor, Griffith. Con diez años, ya mostraba indicios de que llegaría a ser tan alto como su padre, si no más. Trent estiró la espalda todo lo que pudo, incluso se puso de puntillas para ver si lograba que la cabeza le llegara al hombro de su padre, pero lo máximo que consiguió fue alcanzar un punto por debajo de su hombro.



—¿Qué opináis, muchachos?

Trent cejó en su empeño por estirarse y miró hacia el paisaje que se extendía por debajo de ellos. Las paredes cubiertas de enredaderas de un antiguo torreón se erguían desde la ladera al otro lado del camino, bajo una atalaya de piedra en ruinas. El valle que tenían bajo sus pies estaba lleno de árboles raquíticos y parches de pasto dispersos entre grandes charcos de agua. A través del agua poco profunda podían verse más matas de hierba que le daban un aspecto espeluznante y peligroso. Quizá deberían excavar el terreno y hacer que los charcos fueran más profundos para así poder nadar en ellos. Aunque también era cierto que tenían un lago en perfectas condiciones para hacerlo cerca de la casa.

Griffith ladeó la cabeza y alzó la mirada hacia su padre.

—Ovejas.

Su progenitor entrecerró los ojos y miró el terreno pensativo.

—¿Has dicho ovejas?

Eso era precisamente lo que Trent adoraba de su padre. Casi todo el mundo habría tenido miedo de contestarle. Primero habrían esperado a conocer su opinión y después habrían estado de acuerdo con ella, fuera la que fuese. Después de todo, ese hombre enorme era un poderoso duque. Las únicas personas en toda Inglaterra que gozaban de más prestigio social que él llevaban sangre real en las venas. Pero en realidad, al menos en lo que a su familia concernía, John, duque de Riverton, era la persona más accesible del reino. Incluso si la idea implicaba arrojar ovejas sobre un terreno empantanado.

Trent no tenía idea de si a las ovejas les gustaba nadar. Si lo hacían, Griffith era muy listo al querer traerlas aquí en lugar de llevarlas sucias al lago. Que fuera el hermano mayor era lo mejor. Y aunque el título nunca pasara a sus manos, Trent quería que su padre estuviera orgulloso de haber incluido a sus dos hijos en esa discusión. El problema era que su pequeño cerebro no sabía mucho sobre ovejas.



—¿Pero no encogerá la lana si dejamos que naden en esos charcos? La niñera dice que eso fue lo que le pasó a mi abrigo cuando me metí con él en el lago el año pasado.

Su padre le sonrió y le alborotó el pelo rubio. Sus ojos verdes brillaron divertidos cuando le miró, haciendo que Trent se sintiera como si midiera más de dos metros, aunque nunca llegara a ser tan alto.

—No creo que funcione así, hijo. Pero es cierto que hay un montón de agua. ¿Crees que a las ovejas les gusta nadar, Griffith?

Griffith apartó la vista de Trent y miró a su padre con un poco de desasosiego que disimuló enseguida. A Griffith le quedaba poco para terminar la escuela y su progenitor cada vez insistía más en que expresara sus pensamientos y opiniones en voz alta. Vio como cambiaba de postura y como estuvo a punto de tropezarse con las piernas desgarbadas propias de un niño de diez años de considerable altura.

—He estado leyendo sobre las zanjas de drenaje que están haciendo en Escocia. Podríamos construir algunas, transformar el área en pasto para las ovejas y después sembrar en lo que ahora son pastos.

Su padre se inclinó para que sus ojos quedaran a la altura de los de Griffith.

—¿Zanjas de drenaje?

Griffith movió la garganta ostensiblemente mientras tragaba saliva.

—Sí, señor. Las excavamos y ponemos piedras dentro para controlar el barro. De esa forma el agua irá hacia el río.

—¿Dónde has leído sobre esas zanjas?

Trent intentó imitar la actitud de sorpresa de su padre, pero el viento no dejaba de azotar la pequeña coleta que llevaba atada en la nuca, enviando mechones de cabello rubio a sus ojos. Resultaba muy difícil mostrar cierta compostura, mucho menos parecer impresionado, con el pelo tapándote el rostro. Cuando se echó hacia atrás el cabello con ambas manos, vio como Griffith sopesaba sus palabras. A su hermano siempre le gustaba meditar lo que iba a decir. Tardaba demasiado tiempo; o eso pensaba él.



Griffith tomó una profunda bocanada de aire, cuadró los hombros y habló sin el menor atisbo de la vacilación que había mostrado instantes antes.

—Cuando visitamos al señor Stroud hace unos años, lo único que tenía era unas turberas. Pero cuando vino a vernos el mes pasado traje consigo aquellos excelentes repollos. Le pregunté qué había cambiado y me dio un libro donde se explicaban los nuevos métodos de cultivo.

Su padre se irguió todo lo alto que era con una amplia sonrisa en el rostro. Echó los hombros hacia atrás y colocó los puños sobre las caderas. Trent se fijó en una de las costuras de su levita que parecía a punto de estallar por la postura de puro orgullo de su padre. ¿También se habría metido con ella en el lago?

—Del mismo modo que fui bendecido al nacer donde lo hice, lo he sido con mi progenie. —Su padre rodeó a Griffith por los hombros y lo abrazó con fuerza—. Dios sabía lo que estaba haciendo cuando te envió conmigo. Deja que el Señor te guíe, muchacho, y serás mucho mejor duque de lo que yo he sido nunca. En cierto modo, creo que ya lo eres.

Atravesaron el campo de regreso a casa, hablando de zanjas de drenaje y lanzando piedras mientras caminaban.

Cuatro días más tarde, el duque murió.

Capítulo 1



Hertfordshire, Inglaterra, 1814

Lord Trent Hawthorne estaba convencido de que el desayuno era uno de los mejores regalos que Dios le había hecho a la humanidad. ¿Qué mejor forma de celebrar las nuevas misericordias del Señor y los flamantes comienzos que regocijarse con las oportunidades que te traía el día comiendo una buena loncha de beicon crujiente? Incluso después del fallecimiento de su padre, el almuerzo matutino le había proporcionado una fuente de consuelo, un recuerdo de que Dios todavía tenía una razón para que él siguiera en este mundo. Sí, la mayor parte de su vida, Trent se había despertado cada mañana con la certeza de que nada podía arruinarle el desayuno.

Bastó una boda para demostrarle que estaba equivocado.

Concretamente, su propia boda.

Con una mujer que apenas conocía.

Frunció el ceño a su plato y tuvo la sensación de que el bollito que había en el centro le devolvía el gesto. Por primera vez en su vida, los huevos tenían un aspecto desagradable, el beicon le parecía seco y quebradizo y la tostada sabía a polvo mezclado con mantequilla en mal estado. Sencillamente, era incapaz de ver el lado positivo a la forma

en que había comenzado aquel día, y mira que llevaba intentándolo durante las últimas tres semanas.

Tres semanas después de haber escuchado como se leían las amonestaciones en la iglesia, soportando él solo las miradas especulativas y la curiosidad apenas velada mientras la que iba a convertirse en su esposa pasaba el tiempo en Birmingham, comprando un nuevo guardarropa. Por lo visto, las prendas que eran adecuadas para una joven dama soltera se desintegraban en harapos polvorientos en cuanto pronunciaba sus votos matrimoniales. No recordaba que hubiera sucedido nada parecido con la ropa de sus hermanas cuando se casaron el año anterior, pero *lady* Crampton debía de haber sido testigo directo de un suceso parecido en algún momento de su vida, porque había insistido en que su hija debía adquirir un guardarropa completamente nuevo.

Por supuesto, también se había mostrado inflexible en que no debían de esperar más de las tres semanas que se requerían desde la lectura de las amonestaciones para la celebración del matrimonio, así que Trent no creía que fuera una mujer que se caracterizara por tomar decisiones de lo más lógicas.

Tampoco era que le preocupara mucho *lady* Crampton. O su hija; al menos no la que había conocido. Seguro que había visto a la otra en algún momento de su vida, pero hacía solo tres semanas que se había enterado de que *lady* Crampton tenía una segunda hija. Una segunda hija sin ninguna enfermedad o problema aparte del hecho de que había nacido en segundo lugar y que su madre se había centrado única y exclusivamente en criar y moldear a su propia imagen a una primogénita consentida, egoísta, intrigante y socialmente ambiciosa, sin encontrar el tiempo ni la motivación necesarios para encargarse de su otra descendiente.

Era evidente que ahora la condesa estaba más que feliz de prestar atención a esa hija. Al fin y al cabo, iba a formar parte de la familia del duque de Riverton. ¿Qué otra cosa podía pedir una madre para una hija? Aunque seguro que *lady* Crampton hubiera preferido que

su retoño se casara con el mismísimo duque en vez de con su hermano pequeño, pero aun así seguía siendo un buen partido para una muchacha que conocía cuáles eran los mejores lugares de la zona para recoger setas, incluidas las profundidades de una antigua fortaleza de piedra situada en una finca vecina, bajo un techo medio caído y un suelo parcialmente derrumbado.

Trent hurgó entre los huevos antes de dejar que el tenedor cayera sobre el plato.

—Voy a derribar esas ruinas con mis propias manos.

—No creo que haga mucha falta después de que te pasaras todo un día y una noche quitando las enredaderas de una de las ventanas con una piedra. Un esfuerzo que te causó el suficiente daño en las manos como para que te plantees hacer lo mismo con una pared de piedra.

Trent volvió la cabeza para mirar a su hermano mayor, que estaba sentado a su lado y que, por la buena cuenta que estaba dando de su plato, no parecía tener ningún problema con la comida. Griffith, duque de Riverton, era una mole de hombre, pero Trent había entrenado con los mejores púgiles del país y estaba convencido de que podía dejar fuera de combate a su hermano.

Griffith se encogió de hombros mientras cortaba un cuadrado perfecto de jamón.

—Bueno, lo hiciste. Por cierto, ¿cómo las tienes?

Trent las flexionó y se alegró de comprobar que el dolor había disminuido hasta alcanzar un nivel tolerable. Todavía quedaban algunas líneas tenues de los cortes que se había hecho mientras cortaba una densa capa de enredaderas silvestres llenas de espinas con la única ayuda de una piedra afilada. Por fin podía doblar los nudillos, que prácticamente se había destrozado en la inútil tarea, lo suficiente para formar un puño.

—Tengo las manos mejor, aunque a partir de ahora voy a ser mucho más precavido y llevaré siempre un cuchillo encima.

Griffith enarcó una ceja dorada.

—¿Tienes pensado quedarte atrapado en unas ruinas a menudo? Te sugiero que la próxima vez intentes que no haya una joven dama de por medio. Más que nada porque solo puedes proponer matrimonio una vez.

Trent refunfuñó y se frotó la cara con las manos antes de mirar a su alrededor en busca de su nueva esposa. No le costó mucho localizar su esbelta figura en medio de un grupo de aristócratas bien alimentados; seguro que esa fue la razón por la que pudo moverse con tal fluidez por el suelo que se derrumbó bajo sus pies. En cuanto este cedió, los agujeros de las vigas que solía usar para descender a la parte inferior de las ruinas se habían convertido en una escalera inservible y se habían quedado atrapados allí dentro.

Y no solo durante una noche. Atrapados para el resto de sus vidas, gracias a unas normas del decoro que exigían que Trent salvara la reputación de la dama casándose con ella. Daba igual que nadie supiera que habían estado allí, ni que habían conseguido salir rompiendo las enredaderas cuando el sol asomaba por el horizonte a la mañana siguiente. Trent era un caballero y no podía permitir que la reputación de la joven quedara en entredicho cuando él había sido el que la había metido en ese lío.

—En realidad puedes proponer matrimonio todas las veces que quieras. Aunque solo te pueden aceptar una vez.

El arrebató de una carcajada obligó a Griffith a tomar a toda prisa la servilleta para evitar ahogarse mientras mantenía la comida en la boca. Le vio tragar saliva y limpiarse las comisuras de los labios.

—Me alegra comprobar que vuelves a tener el mismo buen humor de siempre. Durante un tiempo pensé que lo habías perdido cuando te rompiste el tobillo.

—No me rompí el tobillo. —Aunque fue un milagro, teniendo en cuenta cómo se había caído a través del suelo podrido de la antigua

fortaleza—. El cirujano dijo que solo fue un esguince. Y que después empeoró por no quitarme la bota en toda la noche y la caminata que me di al día siguiente.

No le quedó otra. Después de la aventura vivida, su obligación era escoltar a *lady* Adelaida a su casa, así como ultimar con su padre, el conde de Crampton, los arreglos necesarios para la boda. Por desgracia, la conversación también incluyó la empalagosa asistencia de la socialmente ambiciosa *lady* Crampton. Aquella incómoda reunión también tuvo lugar durante un desayuno.

Griffith echó un vistazo al bollito que tenía el plato.

—Si te vas a limitar a mirarlo con el ceño fruncido, me lo comeré yo. Y deberías plantearte cambiar de cara y no parecer tan torturado. La gente está empezando a mirarte.

Trent soltó un gruñido, aunque se enderezó e intentó suavizar el gesto.

—Llevan mirándome desde que me senté. ¿Por qué crees que están evitando esta mesa?

—Porque todos se han acercado a felicitarte y no has hecho otra cosa que asentir con la cabeza a modo de respuesta.

Trent volvió a gruñir y empujó su plato en dirección a su hermano. Se fijó en una rodaja marrón que le resultaba muy familiar en el borde del plato de Griffith.

—¿Qué es eso?

—Setas. Creo que tu esposa puede ser bastante ocurrente. Están muy buenas. ¿Quieres probar una ahora que las han cocinado como es debido?

—No, gracias. —Intentó no tener una arcada ante la idea de comer una seta. Durante aquella interminable noche, solo habían podido comer aquellos hongos marrones que *lady* Adelaide había recogido. Y aunque no habían estado mal, incluso crudos, no se veía capaz de volver a comer otra seta sin tener la sensación de estar atrapado, sentado

sobre la suciedad de una fortaleza medio en ruinas, viendo como sus planes de futuro de desvanecían lentamente junto con la puesta de sol.

Recogió su servilleta y jugueteó con el borde con los dedos.

—Nunca he prestado demasiada atención a la etiqueta que hay que seguir en estos casos. ¿Cuándo crees que podré marcharme?

—Tienes pensado llevarte a *lady* Adelaide contigo, ¿verdad? —Entre las gruesas cejas rubias de Griffith se formó un ceño de preocupación que alcanzó a sus profundos ojos verdes. No era una mirada que Trent viera a menudo, pero sí demostraba que su hermano sería algún día un padre excelente.

—Por supuesto. —Trent dobló el trozo cuadrado de tela y lo tiró sobre la mesa—. No sería propio de un caballero dejar a su mujer en la casa de su padre. Sobre todo, cuando dicha casa está habitada por una mujer como *lady* Crampton. Sigo sin creerme del todo que haya podido criar a *lady* Adelaide. Es demasiado dulce para tener una madre así.

—¿Tanto tiempo has pasado en su compañía?

Trent volvió a fruncir el ceño.

—Un día y una noche. Pero los pasamos rodeados de polvo y suciedad y no se transformó en ninguna arpía. Eso tiene que contar para algo.

O al menos eso esperaba.

Lady Crampton y su hija mayor, *lady* Helena, eran dos de las personas más irritantes que Trent había conocido jamás. Y eso que conocía a toda la aristocracia de Londres y buena parte de la alta burguesía. Si la otra hija resultaba estar cortada por el mismo patrón, iba a tener una vida realmente dura.

—Teniendo en cuenta que vivimos en la misma localidad, estoy seguro de que hemos debido de coincidir en muchas reuniones y eventos a lo largo de los años. Sin duda es una buena señal que no me acuerde de ella cuando sí lo hago tan claramente de su madre.

—Ahora que la tenemos delante nadie diría que es una dama de la que uno se pueda olvidar fácilmente. No es para nada convencional.

Trent siguió la mirada de su hermano y tuvo que reconocer que tenía razón. *Lady* Adelaide tenía una apariencia única, con una espesa mata de pelo tan oscura que era casi negra y unos enormes ojos azules que hubieran parecido incluso más grandes si hubiera llevado las lentes. Varios mechones de pelo (demasiado cortos para rizarlos o recogerlos junto con el resto del peinado) le caían sobre la frente. Sin las lentes de montura negra las puntas de algunos pelos le rozaban las pestañas. Se había quemado accidentalmente el pelo una mañana, intentando usar unas tenacillas, y estaba tardando en crecerle.

Aquella era una de las cosas de las que se había enterado mientras estaban sentados el uno al lado del otro en medio de toda esa suciedad, comiendo setas. En la tranquilidad que proporcionaba la oscuridad, entre alguna que otra cabezadita y el intento de abrirse paso entre las enredaderas, habían hablado. Eso era lo único que impedía que Trent tuviera un ataque de pánico por aquel matrimonio. Si ambos encontraban la forma del volver al punto en el que estaban antes de aceptar su destino, cabía la posibilidad de que ese matrimonio fuera, cuanto menos, tolerable.

—Me sorprende que nuestra madre no haya regresado de inmediato. ¿No recibiste ayer una carta de ella? ¿Te dijo por qué no venía?
—Griffith cortó el bollito en rebanadas, liberando un pequeño hilo de vapor del dulce todavía caliente que consiguió que a Trent se le hiciera la boca agua y se le revolvió el estómago a la vez.

Aunque el malestar del estómago seguramente se debía más al hecho de que la razón por la que su madre no había acudido a la boda era porque no se lo había contado. Lo había intentado. Más o menos. Pero como quería creer que todavía había una forma de salir de aquella situación, le pareció que ponerla por escrito la hacía más irreversible.

Algo así como el registro parroquial que ambos habían firmado hacía escasamente una hora.

Se aclaró la garganta y evitó la mirada de Griffith.



—Bueno... no. No mencionó nada de la boda.

Su hermano abrió los ojos con sorpresa.

—¿En serio? No tenía ni idea de que le desagradara tanto *lady* Crampton.

—Creo que en una ocasión la oí decir que una de las ventajas de haberse vuelto a casar era que ya no tenía que vivir al lado de la condesa nunca más.

La condesa, la nueva suegra de Trent, no parecía estar padeciendo el mismo malestar que los contrayentes. Estaba sentada al lado de su hija, sonriendo y charlando, mientras la serena sonrisa de *lady* Adelaide se tensaba y su mirada desenfocada empezaba a entrar en pánico. Trent la miró un poco más de cerca, intentado discernir si realmente había un problema o si solo se sentía superada por tanta atención. Al verla tropezar hacia un lado se dio cuenta de que el tacón del zapato se le había enganchado con el dobladillo del vestido y estaba tratando de liberarlo sin que nadie se percatara. Aunque por las miradas de advertencia que le estaba lanzando su madre, no estaba teniendo mucho éxito.

Aquello era algo de lo que sí podía salvarla. Si nada bueno salía de esa boda, por lo menos podría alejar a *lady* Adelaide de la influencia de su madre... y tal vez salvar a Londres de otra insulsa más en busca de atención.

—Me gustaría pasar la noche en Londres. —Tenía una propiedad mucho más cerca de allí, una pequeña finca que su hermano le había vendido por una miseria, pero una tormenta reciente había causado desperfectos en los dormitorios y en ese momento estaban reparándolos. Además, viajar a Londres implicaba que tenían que salir ya mismo, y aun así les esperaba un duro viaje.

—Pero si estamos en medio de una fiesta espléndida. Y tú eres el invitado de honor. —Griffith se limpió la boca con la servilleta, aunque Trent estaba convencido de que lo hizo con la intención de ocultar una incipiente sonrisa.

—Estás disfrutando con todo esto, ¿verdad? —Griffith siempre le había advertido de que llegaría el día en que alguna de sus maquinaciones le estallaría en la cara. Pero aquello no había sido ninguna maquinación; simplemente se había encontrado con un caballo solitario atado cerca de unas ruinas y se dejó llevar por la curiosidad. De todos modos, consecuencias como aquella eran demasiado graves para que un hermano se divirtiera a su costa.

—No. Aunque he hecho un buen trabajo resignándome en las últimas semanas. —Griffith bajó el tenedor y la sonrisa desapareció de su rostro para dar paso a un gesto solemne y pensativo—. Si hubiera podido, habría ocupado tu lugar. Me lo planteé. Lord Crampton no hubiera puesto ninguna pega al cambio.

—No te hubiera dejado hacer una proposición tan ridícula. —Trent cerró los ojos y soltó un suspiro ante la idea de Griffith entrando en Moonacre Park con su hermano pequeño pisándole los talones. Desde luego era una imagen de lo más hilarante. En realidad, toda aquella situación tenía su toque de humor—. Si te soy sincero, creo que lord Crampton se habría tirado al suelo y te hubiera besado los pies. Después de quitar de en medio a *lady* Crampton de un empujón, por supuesto.

Griffith esbozó una ligera sonrisa a modo de respuesta, un poco triste y tensa, acompañada de una mirada llena de arrepentimiento mientras se removía en la silla. Desde que era un niño, a Trent le había maravillado el tamaño de su hermano y siempre se había preguntado por qué Dios había escogido hacer un hombre con unos hombros tan increíblemente anchos. Ahora lo tenía claro. Sin ellos, Griffith no hubiera podido soportar el peso de todas las responsabilidades con las que cargaba. Responsabilidades con las que Trent no había estado dispuesto a ayudar a medida que se hacía mayor.

Pero ahora que veía a su hermano frotar el dedo índice contra el pulgar como si fuera un hombre mayor en vez de un joven de veintiocho años, pensó que con veinticuatro años ya iba siendo hora de que

asumiera que era un adulto. Por mucho que quisiera evitar las consecuencias de sus circunstancias, nunca habría soportado que Griffith sufriera en su lugar.

—Dios no comete errores. —La declaración de Trent cortó de raíz la angustiada reflexión de Griffith.

—¿Qué?

—Que Dios no comete errores. Es lo que me dijiste. Cuando iba a empezar el colegio y te confesé que me sentía mal porque nuestro padre no pudiera acompañarme. —Tragó saliva ante el recuerdo. Llevaba años sin llorar por la muerte de su progenitor. Y aquel no era el momento más propicio para retomar viejos hábitos—. Dijiste que Dios no comete errores y que las cosas eran así porque seguro que tendría algo planeado para nosotros, aunque no lo entendiéramos.

—Bueno, yo... —Griffith se recostó en su silla, volviendo a parecerse más al sofisticado duque que era—. Es cierto.

—Entonces confiemos en Él también en esta situación. Sí, les hubiera encantado casar a una de sus hijas con un duque. Pero he sido yo quien les ha tocado. —Porque, si Dios quería, él jamás llegaría a ostentar ese título—. He contraído matrimonio con *lady* Adelaide. Veamos qué es lo que Dios tiene planeado en este sentido.

Griffith sonrió, pero ahora con su sonrisa más orgullosa y paternal. Aquella que hacía que a Trent se le hinchara el pecho de orgullo, aunque le rompiera el corazón.

—¿Cuándo te has vuelto tan sabio?

Trent le devolvió la sonrisa e hizo todo lo posible por parecer un niño para que Griffith volviera a ser un hermano mayor «joven».

—Cuando empecé a intentar parecerme a ti.